

HUIDAS

Cuando Rūdi murió yo tenía once años y él solo siete. Era un niño demasiado revoltoso, casi imposible de controlar, y yo, una preadolescente con una responsabilidad que me superaba. No era extraño que algún niño muriera de vez en cuando en la década de los setenta, pero eso no atenuaba lo más mínimo el dolor de una tragedia familiar. Los padres trabajaban duro y los niños tenían que cuidarse mutuamente si querían ir a la escuela y tener un futuro decente. Era lo mínimo que podíamos hacer.

Durante quince años había tratado de convencerme de que yo no le había empujado contra las vías del tren, de que no había sido más que un incidente desafortunado. Al fin y al cabo, nunca había sido fruto de la maldad como algo intrínseco y voluntario, sino de la banalidad de un despiste, de una falta de atención imperdonable y una estupidez compartida en varios frentes. Yo jamás habría querido hacerle daño a nadie. A veces pensaba —aunque hubiera sido absolutamente imposible compartir esa idea con nadie—, que Rūdi solo había nacido para destrozarnos la vida a todos. Tenía nombre de niño permanente, como si desde el principio hubiera estado claro que su existencia iba a ser limitada y que la desgracia se abalanzaría sobre nosotros más temprano que tarde.

Desde aquel momento jamás me dejaron cuidar a Émile de nuevo. Mi hermana tenía seis años cuando aquello pasó, y estuvo dos años más sin decir una palabra. Era una niña tímida de por sí, prudente y poco habladora, pero después de ese día se volvió tremendamente asustadiza. Ella vio a Rūdi saltando a las vías y agachándose para tratar de alcanzar su estúpido tirachinas con aquellos dedos regordetes, vio el cuerpo cediendo ante el tren con una fragilidad enfermiza y entendió, a pesar de su corta edad, que la vida de todos había acabado.

Nunca habló de lo ocurrido, pero las primeras semanas evitaba sentarse a mi lado y lloraba si la obligaban a agarrar mi mano; lo que les dio pistas suficientes a mis padres para erigirme como el detonante de la catástrofe, y a ella, como una mártir cuyo destino discurría inexorablemente a la sombra del dolor por Rūdi. No puedo culparlos; también yo me aferraba a cualquier posibilidad de despojarme de aquella carga y trataba de atribuírsela a ellos de forma obsesiva. Ellos le habían comprado ese maldito juguete por Navidad. Ellos me habían dejado a cargo de dos niños cuando ni siquiera sabía cuidar de mí misma. Ellos habían dotado a Rūdi de mayor aplomo y seguridad que a cualquiera de sus hijas, convirtiéndolo en un niño testarudo que se consideraba invencible y ante el que mi palabra no hubiera podido ser jamás

inquebrantable. Pero a pesar de todos mis intentos, el paso de los años había llegado a convencerme de que lo había hecho. Le había empujado un poquito después de abofetearle, eso estaba claro. No tanto como para hacerle caer a las vías, ni siquiera para perder el equilibrio: con toda seguridad él fue quien decidió lanzarse como un loco a recogerlo. Pero fui yo quien tiró aquel maldito tirachinas que él tanto quería para que dejara de molestarme. Lo demás consistió en una serie de coincidencias certeras y fatídicas: que el juguete hubiera caído específicamente en las traviesas, que yo hubiera ignorado conscientemente que él sería tan estúpido como para abalanzarse a recogerlo aún cuando el tren estaba tan cerca que sus gritos de indignación eran estrangulados por el atronador choque de las ruedas contra los raíles. Que a pesar de que el tren consiguiera parar heroicamente apenas unos metros después, su vida se hubiera apagado, sin opción alguna de retorno, en cuestión de unos segundos.

Cuando logré mirar de nuevo y Rūdi ya no estaba (solo voces ahogadas y el mundo convertido en un espacio fragmentado y de horror) quise volver atrás en el tiempo. Parecía una opción realista: al fin y al cabo solo unos segundos me separaban de aquel momento brutal; una fracción ínfima que se impuso como un abismo recién esbozado. Era imposible no poder retroceder, no encontrar la forma de rebobinar los acontecimientos para conducir la realidad a su cauce correcto. Pero los segundos pasaban y la distancia crecía. El mundo caía y yo con él; había un cráter inmenso, un túnel vertical hacia la nada que engullía todo a su paso. La vibración del tren frenando a destiempo fue el inicio de un grito sin pausa en mi garganta; Émile paralizada para siempre como si ella también hubiera muerto, la gente corriendo; rodeándonos con la mórbida distancia de la fatalidad ajena.

Recuerdo que una anciana se abalanzó sobre nosotros y nos apretó a las dos contra su pecho para que no pudiésemos ver. Yo me asfixiaba en el miedo y en un aullido salvaje que se hundía en su abrigo, con la boca apretada contra aquella tela rugosa que destilaba un fatídico intento de perfume de rosas. La golpeé tanto que no sé cómo pudo contenerme, pero sus brazos fueron firmes rodeándome, y también a Émile. Recuerdo haber sentido en el funeral la piel ardiente y enrojecida, los músculos doloridos aún por la presión bestial que ella había ejercido alrededor de mi cuello, un dolor que me complacía inmensamente porque yo creía que sustraía en cierto modo algo del que Rūd había sufrido. Solo años después supe agradecerlo como lo que era: un último gesto de compasión. Ella trató de protegernos y retrasar aunque solo fuera durante unos segundos lo que venía. Ella fue la última persona que decidió que aún éramos demasiado pequeñas para ver. Para saber.

Una vez leí que cada vez que se rememora un recuerdo éste cambia. He vuelto a vivir aquellos segundos una y otra vez, siempre con diferentes posibilidades; velado entre

pesadillas o apretando los dientes para dejar de llorar. Lo he usado tanto que ya no puedo saber si es una realidad alterada. Ha vuelto tantas veces a mí que pensaba que inevitablemente dejaría de afectarme algún día. Pero siempre acababa regresando; la existencia está plagada de elementos que detonan obsesivamente los mecanismos del recuerdo.

—¿Me estás escuchando, Véra?

Movió una mano delante de mis ojos para devolverme a la realidad. Praga, 1992. Era abril y la primavera luchaba desesperadamente por abrirse paso a través de la lluvia. La naturaleza caótica que crecía desordenadamente en los jardines contribuía a crear la sensación de un horizonte fantasma después de la caída del comunismo. Todo el mundo seguía teniendo miedo, pero la esperanza de una vida mejor brotaba sin control y se multiplicaba como un germen ansioso. También para nosotros, aunque apenas pudiéramos atisbarlo. Lev y yo nos corroíamos mutuamente, perpetuando una compañía angustiada y a todas luces desacertada. No nos habíamos querido nunca, pero tenernos era mejor que la soledad.

—No es como si la hubiésemos comprado. No tiene por qué gustarme.

—¿A qué te refieres?

—A que no es nuestra casa. Nos echarán en cualquier momento y lo sabes.

—¡Nadie nos va a echar! ¿No ves que todo el mundo está haciendo lo mismo? Ahora es el momento. ¿O prefieres seguir viviendo con los demás, vendiéndote delante de mí para que nos hospeden un día más...?

¿A quién le importaba? Yo me sentía demasiado débil. Simplemente me dejaba llevar oponiendo la exigua resistencia de una hoja contra el viento. La situación fluía demasiado deprisa, la gente hablaba de rebeldía, de justicia, de libertad y otros términos que me hubieran parecido bastante mediocres si no fuera porque no podía agarrarme a otra cosa. Yo era una persona atormentada con los recuerdos, al igual que tantos. Ni siquiera eso tenía nada de especial. Los que no tenían recuerdos tortuosos recurrían a una víctima que lamentar: un amigo antiguo asesinado por el sistema, un vecino o alguien a quien hubieran visto al menos una vez. Los que no, se proclamaban descendientes de emigrantes incomprendidos, de fallecidos en la guerra. Cualquier excusa era buena para dejar que la melancolía y el pesar siguieran absorbiéndonos en una realidad tortuosa de la que era necesario escapar. Y para eso también estaban las drogas... pero eso era otro asunto. Apreté con fuerza la tarjeta... siempre estaba aquella opción. Él resopló, exasperado ante mi silencio.

—A veces no entiendo cómo puedes ser tan cobarde después de todo lo que has hecho. No es que seas un alegato a la honestid...

—Está bien. Es perfecta —interrumpí. Dudé antes de hablar—. Es solo... que estamos enfrente de la estación de trenes.

—¿Y qué?

Hice una pausa. No quería decírselo, pero las palabras escaparon de mis labios. Barbotearon como un líquido incontenible.

—Supongo que se escuchará el ruido del tren con demasiada frecuencia.

Musitó con rabia algo que no entendí. Sus ataques de ira eran tan frecuentes como pasajeros. Él no sabía nada, y no era el momento de contárselo. Lo hubiera usado en mi contra, como todo lo demás, de eso estaba más que segura. Y además, tenía razón: era el momento de hacerlo, de ocupar una de aquellas casas. Desde la caída del comunismo había una oleada de casas abandonadas en todas partes. Había tantos desaparecidos, tantos vacíos legales en el cambio de sistema y tanta dualidad moral que quién podría distinguir entre lo que era correcto de lo que no. Ese edificio sería pronto posesión del Estado y la gente se moriría de hambre como siempre. Si al menos pudiéramos tener una pequeña oportunidad de cambiar las cosas... Yo no quería regresar jamás a Alemania. Pero tampoco podría soportar aquel ruido día tras día, trayendo consigo aquellos recuerdos que acabarían devorándome.

Acaricié la madera podrida de la verja. La casa era una construcción imponente, él no se conformaba con cualquier cosa. La estructura se sustentaba en una madera ennegrecida pero de apariencia robusta. Traté de obligarme a no recordar, a permanecer en el presente, pero me fue imposible. Ya había comenzado de nuevo. Aquella madera...

Rüdi estaba obsesionado con su tirachinas. Todos los chicos en su clase tenían uno. Nosotros vivíamos en un pueblo que apenas contaba con un puñado de habitantes, y todos los días recorríamos veinte minutos en tren para ir a la escuela y veinte más para volver. Después caminábamos poco más de media hora desde la ciudad hasta nuestra casa de piedra improvisada entre los campos de trigo y avena. Estábamos en un colegio muy por encima de nuestras posibilidades, y todos los niños tenían juguetes que nuestros padres no podían comprar. Llenábamos las horas muertas jugando con pelotas creadas a la fuerza, subiéndonos a los árboles o robando alguna fruta que ayudara a mermar aquella perenne sensación de vacío en el estómago que nunca desaparecía después de comer. Y todos los días nos desviábamos cinco minutos —en estricto secreto— por las callejuelas de la ciudad hasta llegar al escaparate de la juguetería. Cada uno de nosotros podía elegir un solo juguete sobre el que fantasear, como si incluso la mera posibilidad de ansiar más de uno fuera un gesto demasiado codicioso por nuestra parte. Aquella exhibición de ensueños cambiaba una vez

cada dos semanas aproximadamente, y tanto Émile como yo mudábamos nuestro interés con la misma frecuencia, pero Rüdi siempre quería lo mismo. Aquella Navidad, finalmente, mis padres le habían comprado un tirachinas de madera.

¡Deberíais haberle visto! Era muy bueno, desde luego. Colocaba latas viejas en una fila y las tumbaba, una a una. Mi madre le regañaba a menudo, pero mi padre la frenaba con una sonrisa de suficiencia. “Ojalá no tengan que vivir otra guerra, pero si eso pasa... deja que tenga posibilidades”. Entonces mi madre le regañaba a él por sugerir una posibilidad tan funesta, pero aquel orgullo que sentía al contemplar la habilidad de Rüdi quedaba patente en la sonrisa que se escapaba a través de sus ojos. Un orgullo que murió con él, ya que nosotras nunca conseguimos arrancar de ella algo semejante.

Una compañera del trabajo de mi madre también había perdido un hijo en un accidente; una niña mofletuda y de sonrisa inmensa cuya foto manoseada constituía otro souvenir perpetuo de la tristeza. Ambas encontraban un cierto respaldo la una en la otra con esa malicia consoladora de saber que la vida tampoco es fácil para los demás. Siempre tuve la impresión de que se evaluaban mutuamente para ver cuál de las dos era peor madre. Quién había tenido más parte de culpa, quién vivía más torturada. Se convencían entre susurros y lágrimas que había que seguir adelante, pero juzgaban duramente las pequeñas muestras de alegría de la otra. Era una ayuda miserable... pero una ayuda al fin y al cabo.

¿Cómo podría culparles? Jamás me faltó de nada, jamás me acusaron abiertamente de nada. Acudían año tras año a recoger mis notas y esbozaban sonrisas de tímida aprobación. Éramos corteses los unos con los otros. Pero ellos evitaron el contacto, ofrecerme consuelo, abrazarme, protegerme. Jamás me lo perdonaron, aunque nunca lo dijeran. Uno puede entender eso. Uno puede entender el rencor aunque se proyecte sin palabras.

Cuando Émile tenía doce años me confesó algo. Era paliducha y asustadiza, enclenque para su edad y poseía una expresión de desconcierto y de miedo perenne. A menudo la confundían con una niña mucho menor; jamás era capaz de mirar a nadie fijamente. Su rostro podría haber sido hermoso si no fuera por aquella timidez tan desquiciante. Yo no había contribuido a ayudarlo. Émile era un fantasma al que yo detestaba, aunque hubiera hecho todo lo posible por convencerme de lo contrario. Su presencia me hacía recordar todo lo que era injusto en aquella historia. ¡Yo también quería la piedad de nuestra familia! ¡Yo quería tener aquella mirada de ternero degollado que parecía atraer toda la compasión del mundo!

Aquel día yo estaba frente a la ventana, contemplando con desidia la luz deshilvanada del atardecer mientras trazaba un dibujo distraídamente. No disimulé mi disgusto al verla entrar, con aquel rostro tan similar al de Rüdi que ahora me contemplaba deseando huir. Le indiqué con un gesto que se fuera, pero con una firmeza que no había visto jamás en ella, me agarró del brazo y musitó:

—Yo pude parar a Rüdi.

—¿De qué estás hablando? —le dije. Era la primera vez que aquel nombre salía de su boca en muchos años. No solíamos mencionarlo. Rüdi era el niño vivaracho, de pelo pajizo y sonrisa mellada de las fotos del salón. Un fantasma de algo que había existido brevemente, una vela carcomida por su propia llama.

—Si no hubiera sido por mí, él estaría vivo.

Empezó a llorar. No era un espectáculo extraño. Émile lloraba muy frecuentemente. En cuanto a mí... era curioso. Una vez escuché en un documental que lo más chocante en ciertos orfanatos es el silencio de los niños. Los bebés no lloran porque saben que no sirve de nada y nadie les va a hacer caso. Es un gasto de energía inútil. Algo así me pasaba a mí y, con el tiempo, me había hecho incapaz de derramar lágrimas.

Pero Émile tenía suerte: ella solo podía ser la víctima. Aquel día me confesó que ella tuvo la oportunidad de frenarle. Llevaba años queriendo revelármelo y había hecho acopio de toda su voluntad para atreverse a hacerlo. Recordaba vívidamente haber pensado en estirar la mano para detenerle porque el tren estaba a punto de llegar, pero ella estaba convencida de que Rüdi siempre hacía lo correcto. Era un niño seguro, perspicaz, valiente. Me asombró que ella también recordara los pensamientos de aquel día. En cualquier caso, yo no tuve clemencia con ella, y me asombró mi falta de lástima, mi crueldad. No la abracé ni la consolé, y en cierto modo agradecí poder volcar en ella parte de la culpa. Si Émile hubiera parado a Rüdi, nuestra vida habría sido muy distinta. Le dije que se callara y asumiera aquello. Él estaba muerto y nosotras no podíamos cambiar nada. ¿Era aquello maldad? Desde luego, era mi parte de venganza. Yo tampoco había elegido mi rol en aquella tragedia.

Huí dos días después. Aquella confesión apenas había aligerado mi culpa, pero había creado en mí la determinación de que era el momento de irme. Tras la revelación, tras mi incompreensión, Émile había perdido el poco arrojo que tenía y se volvía más invisible cada minuto que pasaba.

Yo había hecho la maleta una infinidad de veces, aunque nunca me había sentido preparada hasta entonces. No podía seguir teniendo aquellas cenas grises y silenciosas. No quería seguir

viendo aquella casa que se había detenido tantos años atrás y cuya decadencia acelerada era la única muestra de que el tiempo seguía existiendo.

Apenas recuerdo cómo conseguí llegar a Berlín, pero cuando lo hice, vagué por la ciudad sin rumbo durante días. Había ahorrado una cantidad ínfima de dinero con la que conseguí un lugar decente en el que dormir y una comida repugnante al día durante una semana. No tenía ningún plan, más que el discurrir incesante de las horas. No hablaba con nadie, y las palabras no dichas parecían atragantarse en mi pecho. Deambulaba a través de calles melancólicas y apagadas, de edificios translúcidos recortados en un horizonte grisáceo en el que predominaba la lluvia y una luz empañada que no podía escapar de la prisión que la niebla ejercía sobre ella. Las calles eran caóticas y desconocidas. Me abrumaba el ruido mientras esquivaba cuerpos mecánicos y rostros en los que me parecía ver fugazmente a mi padre y su silencio, su forma de inclinar el cuello y contemplar el suelo atentamente, como si siempre buscara algo que se le había perdido. También descubría a mi madre entre la multitud, sombras que se le parecían durante un instante fortuito. Durante aquella semana, rogué que me encontraran y me perdonaran. Que hubieran llorado mi ausencia.

Aquel día no llegó y, desde ese instante me torturaba la imagen de una mesa finalmente feliz, Émile tornándose en una criatura opaca y la tristeza huyendo de su cuerpo, la casa liberada finalmente de aquella maldición y aquel pesar que atenazaba sus cimientos a través de mí.

Cuando la mujer me habló finalmente, yo llevaba tiempo esperándola. Desde que se me habían acabado tanto el dinero como la entereza solía sentarme a mendigar en unas escalinatas sucias, vestigio de otros tiempos, para contemplar aquel edificio inmenso cuyas luces cambiantes, de una artificialidad prodigiosa, se reflejaban en los vidrios de las viviendas de toda la calle. Ella estaba casi siempre en la ventana, controlando todo lo que sucedía en la ciudad, más allá de las breves pero continuadas ausencias en las que corría sus cortinas para que nadie pudiera verla. También había visto a más como ella, y sabía identificarme con aquellas miradas perdidas y tristes, las suyas destilando un orgullo fingido a través de una belleza irreprochable, risas que enmascaraban un sufrimiento apenas interrumpido. Yo las admiraba en la distancia.

Había pasado tantos días esperándola que cuando finalmente se sentó junto a mí me sobresaltó por su silencio.

—Llevo viéndote muchos días en la calle —me dijo simplemente. El carmín de sus labios se había desdibujado, mostrando el color únicamente en los numerosos pliegues de sus labios.

Su cara mostraba ciertas arrugas y una amabilidad desconcertante. Desde luego, no parecía un monstruo. No encontraba nada que temer en ella.

—Pensaba que vendrías antes —confesé.

Ella sonrió, y ese gesto pareció contener toda la sabiduría del mundo.

—Y yo esperaba que cambiaras de idea.

Se hacía llamar Anke y se había dedicado a la prostitución desde antes de mi existencia. Me suplicó que me fuese, prometió darme algo de dinero si lo hacía, pero ante mi férrea negativa, sugirió que al menos me cambiase el nombre. Pero yo ya no tenía nada que ocultar.

Ella no quiso saber quién era, y lo agradecí. También ella sabía que nadie quería hablar de los pasos que le habían conducido a un camino semejante. Tampoco ella tenía un pasado.

Pero el recibir dinero por traerme al burdel le hizo sentir cierta compasión por mí. Sé que intervino en ciertas ocasiones para que yo no recibiera a aquellos que solo acudían para demostrar su aversión y para maltratar a todas las mujeres al mismo tiempo a través de un cuerpo único y sórdido que pudiera contener todo el odio del mundo.

La primera vez que ocurrió, traté inútilmente de fingir que no sentía aquel peso extraño y mísero sobre mí, las manos encallecidas recorriendo torpemente una piel que se le antojaba anónima, aquella respiración densa, acompasada y ridícula.

No me di cuenta de las lágrimas hasta mucho después de que él hubo salido arrojando el dinero, cuando descubrí que los rostros de mis compañeras eran manchas borrosas e indistinguibles en la puerta. Me abrazaron en silencio, yo aún temblaba sintiendo mi sexo palpar con un dolor inexplorado hasta entonces. Ellas trataron de consolarme.

—Pasará —aseguró una de ellas—. No vas a sentirte siempre desgraciada.

Pero no pude decirles que no lloraba de dolor, ni de sufrimiento. Lloraba de alivio: al fin iba a pagar mi culpa.

Hasta ese momento había conseguido crecer al margen del candor adolescente, del amor como una cadencia implícita en el desarrollo.

Zarek era un joven polaco que había llegado a Alemania con el resto de su familia varios años antes de la catástrofe. Era dos años mayor que yo y se encontraba en un curso superior, pero los rumores acerca de él se extendían incansablemente entre los alumnos. Unos decían que su padre había sido un nazi. Un verdugo. Otros, que habían estado durante años en un campo de concentración y que había sobrevivido comiendo ratas y cucarachas. Eran versiones absolutamente contradictorias, pero siempre mórbidas. Los niños solían hablar a escondidas sobre atrocidades del nazismo, historias que parecían inverosímiles por su crueldad y que nos aterrorizaban y suscitaban curiosidad al mismo tiempo.

Zarek nunca había tratado de desmentir ningún rumor; sino que respondía con una sonrisa misteriosa y sin decir una palabra. Era un joven responsable y solitario, pero emanaba un halo de respeto imposible de obviar. Hablaba con un acento extraño y tenía una voz grave y cándida. Tuvo que aprender alemán en unos meses, pero sus calificaciones eran siempre excelentes. El resto de niños... no buscaba meterse en problemas con él. Era alto y nervudo, más de lo que parecía corresponder por su edad. Sus rasgos eran fuertes, su mirada cadenciosa y su semblante, perpetuamente tranquilo.

Yo era aún pequeña, pero a menudo soñaba que él y yo hablábamos. Él nunca le prestaba especial atención a nadie. Con once años yo aún era una niña flaca y feúcha con rasgos híbridos entre la niñez y la adolescencia, pero hubiera hecho lo que fuera por impresionarle. Plisaba mi falda obsesivamente, caminaba con una rectitud y seguridad que no sentía y trataba de ocultar como fuera mi camisa del uniforme amarillenta y mil veces zurcida. La ropa era un bien generalmente escaso, pero trataba de generar una cierta decencia con aquellos harapos de segunda mano. ¡Como si a él le hubiera importado! Durante los recreos a menudo leía o fingía leer libros en los que solo podía sumergirme de forma superficial si él estaba cerca. Soñaba que algún día elegiría el libro correcto y él se acercaría y me diría “ese es mi libro favorito” o “disfruté tanto su lectura” y hablaríamos durante horas.

Zarek tomaba el mismo tren para ir y volver a casa, aunque paraba un poco antes. En aquellos momentos me gustaba el papel de niñera forzada, porque el hecho de encargarme de mis hermanos me hacía parecer adulta frente a él. Al fin y al cabo, me dotaba de cierto poder y de una irreverente rigidez que yo consideraba alejada de la niñez. Ese día él estaba allí, como siempre, escribiendo algo en aquel cuaderno que solía llevar consigo. Yo caminaba con “*Por quien doblan las campanas*” en una mano, lo recuerdo perfectamente. Apenas acababa de empezarlo y leía inquieta, sin enterarme de nada, con un ojo en mis hermanos y otro en Zarek, que nunca parecía siquiera percatarse de mi presencia. Rüdi jugaba a lanzar piedras a los árboles y yo tuve que regañarle más de una vez. La parada estaba llena de niños que volvían a casa y no era la primera vez que se metía en problemas. Así que empezó a lanzarme pequeñas piedras a mí. Émile reía y le ayudaba a buscar las más pequeñas. Eran un buen equipo: ya se sabe lo que disfrutaban los hermanos pequeños fastidiando a los mayores. En otro momento tal vez me hubiera reído y hubiéramos empezado una cruenta batalla que terminaría en ellos rindiéndose bajos mis manos expertas en cosquillas, pero Zarek estaba a unos metros, inmerso en uno de sus cuadernos y oteando el horizonte de vez en cuando. Por tanto, yo debía ser adulta y responsable, no comportarme como una niña estúpida. Le dije a Rüdi que parase, murmulé que destruiría aquel maldito juguete, que se lo contaría a nuestros padres y

se iría a la cama sin cenar. Él no solo no paró, sino que se las arregló para lanzarme algo en plena cara. Una frambuesa. ¡Ah, aquella era su especialidad! Siempre tenía los bolsillos llenos para momentos especiales. Le encantaba ver cómo explotaban en la piel manchándolo todo de jugo pegajoso.

Pero algo que podría haber sido divertido en otro momento me hizo un blanco de burla. Enrojecí mientras trataba de limpiarme aquel orgullo herido, avergonzada y escuchando tras de mí risas ahogadas por el estruendo del tren. Yo ya me sentía bastante ridícula de por sí. Ojeé a Zarek. Miraba en mi dirección con una media sonrisa curiosa. Sentí algo similar a un puñetazo en el estómago. ¡Tanto tiempo tratando de llamar su atención para tenerla exactamente en ese momento!

Estaba tan enfadada, tan nerviosa, que ni siquiera reparé en que el tren estaba a punto de llegar. Atrapé a Rüdi, que se revolcaba entre risas, le arranqué aquel tirachinas sin miramientos y lo tiré con tanta rabia como pude. Después lo abofeteé. Recuerdo su rostro indignado, aquellos mofletes siempre rojos por la actividad constante, el flequillo húmedo, sus ojos azules chispeando iracundos. Yo vi que el tirachinas estaba en las vías y que el tren venía. Mi error fue asumir que mi hermano había perdido su estúpido juguete y tendría un disgusto para varios meses y no considerar que él sería tan inocente como para tratar de recuperarlo. Juro que en aquellos segundos no se me pasó por la cabeza que lo haría. Y en el momento en el que ocurrió, yo trataba de mirar a Zarek para ver si había seguido presenciando el suceso y mi dignidad había vuelto a ascender algún peldaño. Y lo que vi fue su rostro de horror, su intento por salir corriendo en dirección al tren, su boca abierta en un grito. No entendí lo que pasaba, y entonces fue cuando miré.

Zarek se acercó a mí durante la vigilia que hicieron en la escuela en honor a Rüdi, unos días interminables de cariño tan real como fútil. Me dio el pésame y me abrazó. Recuerdo que me resultó un tanto irónico: en aquel momento a mí me daba exactamente igual. Después de haberlo soñado con tanta insistencia, el abrazo había llegado... pero yo ya no lo quería. Me regaló algunos libros que nunca leí, y comencé a evitarle desde ese momento. Él me hacía sentir absurda, me recordaba una sensación que había vetado para siempre y volvía con ácida crueldad cada vez que me hablaba.

Había muchos niños en la estación aquel día y los profesores creyeron conveniente que era necesario explicarles la muerte de alguna forma. Se hizo un concierto en su honor, un par de misas además del entierro, y sus amigos depositaban flores en el altar con lágrimas en los ojos. Si bien los primeros días fueron extraños y taciturnos, todos acabaron volviendo a la normalidad. La foto de Rüdi siguió en la escuela, colgada en el salón de actos durante el resto

del año, y los profesores comenzaron a hablar con mucha más insistencia de los riesgos de los trenes, de los coches, cómo viajar con seguridad, cómo cuidar de nosotros mismos. Al cabo de unos meses se extinguió la costumbre de encender una vela cada día junto a su imagen y, cuando empezó el nuevo curso, su foto ya no estaba.

Mi madre vino a buscarme finalmente un año después de que huyera. Con los labios rígidos, las bolsas sempiternas bajo los ojos y aquel halo de sufrimiento que yo detestaba. No llegó a entrar en mi habitación. Evitó mirarme, no me saludó, no buscó en mí los cambios que había sufrido tras un año sobreviviendo sin ellos. A mí me intimidaba contemplarla, y eso no había cambiado. Su mirada se había transformado desde el accidente, había un muro que yo ya no podría cruzar jamás, un límite que ya no dejaría paso jamás al cariño de nuevo. Siempre anhelé una resquebrajadura en aquel dique de resentimiento, pero seguía sin existir. Sacó un sobre de aquel bolso azul que guardaba como una reliquia de los días felices, y me lo tendió.

—Tenemos suficiente dinero —musitó con una expresión desvaída—. Tal vez no tanto como para hacer frente a tus ambiciones. Pero tómallo todo si eso puede evitar que sigas humillándonos.

—No lo hago por dinero —respondí, en un último intento para que comprendiera—. No se trata de eso.

—Tú siempre has querido castigarnos —soltó antes de irse. Aquella fue la única vez que estuvo cerca de aproximarse a la verdad. Pero ella jamás lo entendería: yo solo quería castigarme a mí misma.

Antes de sentir la vibración bajo los pies supe que tendría que huir de nuevo. Palpé una vez más la tarjeta, junto a la bolsa. Una sola decisión.

—Haz los honores, Véra —sonrió Lev. Había conseguido abrir la puerta sin mayor problema. El silbido del tren acompasó el crujido de la madera.

—Ahora vengo —dije, aunque yo ya había empezado a correr.

Callejeé durante horas hasta encontrar un teléfono lo suficientemente alejado. Apenas me quedaban unas monedas. Para entonces, ya había memorizado el número de aquella tarjeta.

—Necesito ayuda —solté cuando escuché la respiración al otro lado. Aquella era la primera vez que lo había dicho, y la garganta me dolía terriblemente por aquellas palabras reprimidas—. Dijeron que ustedes podrían ayudarme. A abandonar todo esto.

—Claro que sí. ¿Dónde se encuentra?

—Es posible seguir viviendo —musité, antes de que aquella debilidad me engullera de nuevo—. ¿Verdad?

Pude escuchar la sonrisa detrás del teléfono.

—Siempre.